

**G**ane quien gane hoy las elecciones, las próximas semanas van a ser particularmente duras para un dirigente político: el actual presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, que tendrá que hacer la transferencia de poderes a su sucesor.

La despedida del jefe del Ejecutivo está siendo dura, no tanto porque tenga que abandonar el poder o porque su partido afronte con zozobra las votaciones de hoy. Ni siquiera porque su salida se produzca en medio de una crisis económica que ha provocado cinco millones de parados oscureciendo cualquier logro de los años anteriores. El final del segundo mandato de Rodríguez Zapatero está siendo amargo para él por la

FLORENCIO DOMÍNGUEZ

## LA HORA DEL ADIÓS



falta de afecto que están mostrando sus compañeros de partido en esta hora del adiós.

Zapatero tuvo todo el poder dentro del PSOE, algo de lo que ni siquiera el carismático Felipe González puede presumir. González siempre tuvo focos de disidencia dentro del socialismo, tanto en la UGT como en el propio PSOE. Bajo su liderazgo la formación socialista no fue monolítica,

sino que tuvo que navegar entre diversas tendencias y familias que cuestionaron a veces su poder, a veces sus estrategias, aunque al final se impusiera a sus críticos.

La victoria electoral de 2004, cuando muchos socialistas creían que la travesía en el desierto de la oposición iba a ser mucho más larga, hizo que el partido se entregara en manos del actual presi-

dente con una unanimidad desconocida hasta entonces. Rodríguez Zapatero ha afrontado todos los grandes retos con el aplauso unánime de sus compañeros. Y cuando ha habido sectores discrepantes –como hubo, por ejemplo, con el Estatuto de Cataluña– no pasaron de ser discrepancias de salón, que no se tradujeron en actuaciones públicas.

Tal vez por esa unanimidad pasada, al presidente saliente le duelen ahora más los desplantes con que se encuentra dentro de casa. En la reciente conferencia del PSOE le reservaron el discurso de clausura, pero nadie le advirtió de que tendría que compartir protagonismo con Felipe González. Rodríguez Zapatero ha sido casi invisible en la campaña por-

que los candidatos socialistas no han querido aparecer junto a él en las fotografías. Y lo que es peor, no ha encontrado en su partido una defensa convincente de las políticas realizadas bajo su mandato.

En el momento de la despedida, puede consolarse con el recuerdo de Adolfo Suárez, que se retiró derrotado por la actitud de las familias de su propio partido movidas por una pulsión tan caínica como suicida. El paso del tiempo, sin embargo, revalorizó su figura política y le granjeó el respeto y reconocimiento hasta de quienes fueron sus rivales. El tiempo mejoró, incluso, la imagen de Richard Nixon, que tuvo que abandonar la presidencia de EE UU en medio del escándalo.